

## POR LOS CAMINOS DE EUROPA

# HACER EL RIDICULO

Que el hombre sea un ser social ha sido una perpetua evidencia para la reflexión humana. No hace falta acudir a nombres famosos que confirmen tal afirmación, o echar mano de los difíciles conceptos heideggerianos para explicar su realidad. Si el hombre es hombre lo debe a su relación dinámica con los demás seres humanos. Nacemos entre hombres, entre hombres vivimos y hasta la muerte —nuestro morir— es una rúbrica a los pies de nuestro ser histórico entre los hombres.

Es la sociedad la que, de una u otra manera, nos impone sus valores. Padres, profesores, compañeros de trabajo o amigos, todos van dejando una impronta en nosotros, aquello que Freud dio en llamar «superyo». Consciente o inconscientemente, vamos estructurando en nosotros una escala de valores que guía nuestros actos cotidianos. Se diría que el hombre no pasa de ser un individuo a reacción —un eco continuado de lo que los demás piden y esperan de él. Sólo así se puede comprender la profunda raigambre humana del ridículo. Tememos desentonar, apartarnos de la norma, llamar la atención... Preferimos pasar frío a que la gente se ría de nosotros —y que Góngora me perdone—. Todo esto a un nivel compatible con un simultáneo individualismo malsano. ¡Curiosa paradoja! Vivimos como partículas interdependientes y opuestas de un mismo todo, un todo (la sociedad) cuyos valores no nos permitimos jamás poner en duda, al menos a la hora de actuar.

Se me ocurren estas reflexiones a propósito de un reciente escándalo ocurrido en Francia. Todos conocemos el suceso: André Fourquet, tras el divorcio con su esposa, se encierra en su granja de Las Cestas (Gironde) con sus dos hijos menores. La policía cerca la granja a fin de recuperar a los dos pequeños que la justicia ha otorgado a la tutela materna. Pasan los días y el asedio no cede. La publicidad empieza a burlarse de la eficacia policial. El malestar cunde entre las filas oficiales: por una parte, sienten el ridículo que están haciendo ante la opinión pública. Por otra parte, el desesperado Fourquet ha amenazado con matar a sus hijos si la policía asalta su granja. ¿Qué hacer? En esta situación, puede más el horror al ridículo que la elemental prudencia. El desenlace se precipita: ante la presencia de policías dispuestos ya al asalto final, André Fourquet cumple su amenaza, y da muerte a sus hijos antes de matarse a sí mismo.

Naturalmente, el hecho ha producido un gran revuelo en todas las esferas francesas. No se carga al comandante de policía la res-

ponsabilidad del suceso. Se buscan causas más profundas. Porque cuando una situación aboca al absurdo —y absurdo es el hecho de que dos niños sean asesinados por su padre para evitar que caigan en las manos de su madre— es necesario preguntarse por las premisas que han provocado tal absurdo.

Una de las preguntas que se formulan es el realismo de las decisiones judiciales. Que la separación matrimonial es inevitable en ciertos casos, nadie lo duda. Pero ¿quién decide de las consecuencias? Me refiero aquí a algo tan concreto como la tutela de los hijos. ¿En qué elementos de juicio se basa un tribunal para otorgar la tutela al padre o a la madre? ¿Jurídicos o humanos? Porque bien puede suceder que el padre —pongamos por caso— sea el causante del fracaso matrimonial y, sin embargo, sea un crimen educativo confiar los hijos a la madre. ¿No carecerá nuestra justicia actual de un elemento de comprensión, de compenetración con el problema humano, más allá de toda ley o regla, por justa que sea? He aquí una pregunta que nos debe hacer meditar.

Pero hay preguntas más hondas. Son preguntas que apuntan hacia la escala de valores que rige nues-

tra convivencia actual. Que los representantes de la autoridad judicial sean objeto de burla en un momento determinado es doloroso. El ridículo escuece siempre, y más cuando la labor de uno es más elevada o más pública. Pero, ¿no es cierto que el respeto a los demás, o la vida de dos niños es un valor superior? Triste, muy triste es que nuestros esquemas de convivencia conduzcan a situaciones donde el ridículo se halle en conflicto con valores mucho más básicos. Pero aún más triste es que la balanza se incline a favor del ridículo. ¡Tanto pueden los prejuicios, tanto puede nuestra indolencia moral!

Yo creo que el estado del mundo actual nos plantea a cada uno de nosotros una pregunta muy seria. Una pregunta que debe comenzar por nosotros mismos, por nuestros esquemas mentales, por nuestra escala de valores. Ponerlos en causa, es poner en causa los valores que la sociedad nos ha legado; porque si el hombre es siempre un ser social, puede que la sociedad no sea siempre humana. Y ciertamente no lo es allá donde sus valores conducen al absurdo. Testigos de cargo: los dos niños franceses asesinados por su padre.

IGNACIO MARTIN-BARO

Diario Regional  
26 / Febrero - 1969